

Alfonso Bulnes

La prensa chilena en la época de Portales

I

El alto funcionario que custodia las producciones de la cultura del país, en Bibliotecas, Archivos y Museos, quiere que el público de hoy día, estas generaciones distanciadas ya por el transcurso de cien años, se acerquen al tesoro de los primeros periódicos de Chile, en las ahora bien ordenadas colecciones de la Biblioteca Nacional.

Periodista y escritor por inclinación tan fuerte que denuncia raíces atávicas, mueve al señor Vicuña en sus actividades de funcionario algo del entusiasmo con que libraba anteriormente batallas de opinión; y alientan en sus actos el espíritu de apostolado entre gentiles, que recibió por sacramento con la investidura sacerdotal, y esa como incompatibilidad suya con lo muerto o con lo que reposa en exceso, que al mismo Cicerón, cuando fué a buscarlo en sus remotas edades, nos lo dejó circulando en ser corpóreo, y casi mezclado—sin dañar con esto la autenticidad del admirable retrato—en los asuntos palpitantes de nuestro país.

De batalla, de apostolado y de acto de resurrección, tienen sus iniciativas, como esta Semana de la Prensa Chilena que hoy inaugura: batalla para imponer la preocupación de la cultura a la banalidad de la vida diaria, haciendo conocer algunas de las primeras manifestaciones de ella en nuestra historia; resurrección de aquello que murió, junto con el estado

social y con los problemas transitorios que suscitó ese estado; apostolado que se entremezcla en la batalla, para atraer los espíritus a esta casa, en donde se brindan fuentes de elevación.

Gracias le sean dadas por nosotros; gracias también le deberán las memorias—aunque gloriosas, algo olvidadas—de nuestros primeros periodistas.

*

La exposición que hoy se inaugura comprende un período que se inicia en 1812, con la aparición de *La Aurora*, y que se cierra en 1840, casi podríamos decir con el asesinato de Portales, y yo me presento ante vosotros con el encargo de hablaros de una sección de ese período y de los periódicos que dentro de ella vieron la luz; me cupo, en la distribución de temas, el final de la época que esta exposición conmemora, aquellos años en que la vida del país se absorbe y confunde de tal manera en la acción del político dominante, que, quiérase o nó, hemos de denominar «la Epoca de Portales».

No necesitaremos apoyar tal denominación de uso corriente en justificaciones históricas: el fenómeno de síntesis o de agrupación de los hechos sociales es de tal modo evidente en este caso, que apenas habían corrido veintiséis años de la muerte del gran Ministro, lapso que ordinariamente no basta para que la memoria de los hombres se desprenda de detalles y pequeneces que estorban la visión de la síntesis, ya Vicuña Mackenna abría su brillante y no siempre justiciero estudio biográfico del Ministro diciendo:

«Por esto, el período histórico que vamos a narrar en este libro hubiera de llamarse con más propiedad la Epoca de Portales».

Los años han corrido, calmando pasiones y dejando rezagado todo lo que, como elemento de juicio, es secundario; la acción ineludible de la perspectiva ha vigorizado la síntesis, y otro macizo pensador de nuestros días, seducido por la figura imperiosa que perdura en el umbral de nuestra historia constitucional, acaba de entregarnos el fruto de sus investigaciones; discutibles o no algunas de las tesis fundamentales del libro de don Francisco A. Encina, el concepto de Portales como creador de época no está limitado ya al plazo que Vicuña Mac-

kenna le asignó; para Encina, la «época de Portales» rebasa muy allá de los días de vida del Ministro; se prolonga al través de las dos administraciones peluconas, la de Bulnes y la de Montt, sigue en los diez años de Pérez, comienza a descomponerse en los gobiernos liberales, y sólo muere al arrebatarse sus fueros al Ejecutivo en la revolución del 91. Desde el ángulo de la existencia individual, único aparentemente que la realidad nos brinda, hay algo de paradójico en la visión histórica de las grandes existencias; el título del magistral estudio del señor Encina nos lo comprueba una vez más:

«PORTALES.—Introducción a la Historia de la Epoca de Diego Portales. (1830-1891)».

O sea, los años que el estadista vivió, los únicos que a él le fueron dados para actuar sobre la tierra, no aparecen al historiador sino como la introducción a su propia obra.

*

Fijado por el señor Director General de Bibliotecas el límite final de la exposición que abarca esta Semana, en el año 1840, ¿en dónde colocaremos el límite inicial de este estudio, de modo que quede encerrada entre ambas fechas la «Prensa de la Epoca de Portales»?

Yo me siento forzado a ubicar esa fecha inicial en el año 1827; no sólo por el dato histórico de que Portales editó en ese año el primer periódico que él habría de inspirar, sino por esa necesidad, que impone el estudio de la vida del creador del orden constitucional, de retrotraer el origen de todas sus actividades públicas a la liquidación del negocio del Estanco, y esa liquidación se había operado, por enérgica resolución del gobierno pipiolo, a fines de 1826; como su entrada en la política, su influencia en el periodismo dimana del Estanco, y fué para alzar la voz sobre las incidencias de aquel complicado negocio—ahora que sacado de sus manos y devuelto al gobierno, podía él hablar—que se hizo periodista.

I I

Hasta ese momento, el espíritu del periodismo chileno había seguido una trayectoria bien definida: al atrevimiento

ideológico de *La Aurora* y de las hojas en que colaboraron Camilo Henríquez e Irisarri, que muy a las claras denuncia el propósito de divulgación revolucionaria con que se implantó en Chile la prensa por otro forjador práctico de mentalidades que fué Carrera, siguieron, bajo el fuerte gobierno de O'Higgins, las hojas que apenas registraban más que los actos oficiales; caído el régimen militar, y mientras la autoridad buscaba, en una opinión balbuciente y corrediza, un nuevo terreno sobre el cual asentarse, la prensa se desmenuza en pequeñas contiendas locales, o se agita en controversias político-religiosas, con erudición de teología manual; y si sube a considerar el problema político colectivo, poco mira las realidades, y anda siempre en los principios.

Y así como la prensa, había ido el gobierno: estableciendo primero la independencia, destruyendo las tradiciones monárquicas, infiltrando las doctrinas de la democracia; legislando enseguida para las primeras realidades; de motín en motín después, y de constitución en constitución, con olvido de que hay que extirpar los motines antes de alborar constituciones, o no pudiéndolo, y creyendo los entusiastas y novicios parlamentarios que un texto constitucional excavado en Grecia o importado en veleros de los Estados Unidos haría indiferente la calidad personal del mandatario.

*

El año de 1827, que hemos fijado como fecha inicial de la Prensa de la Época de Portales, marca también otra fecha en el periodismo; en él aparece *La Clave de Chile*, y con esa hoja el primer período distribuido materialmente en la forma de hoy día. *La Clave de Chile* separó en secciones las noticias oficiales, las informaciones del interior, las del extranjero, la bibliografía, los avisos y la columna editorial, indicio de que ya en ese año la prensa y los problemas sociales y políticos se miran con un sentido que empieza a ser objetivo y realista.

*

Volvamos a la consideración de las materias administrativas de aquella época, para ver así cómo del Estanco arranca una nueva faz del periodismo chileno.

Lograda en Chile la independencia, sobrevino la anarquía, como en todas las Repúblicas tempranamente brotadas en el continente; es que no se improvisan capacidades de gobierno; es que no se improvisa capacidad directiva alguna en colectividades habituadas a que se piense por ellas y para ellas se resuelva, si de la noche a la mañana se dan a pensar por ellas mismas y para ellas mismas a actuar; el cumplimiento de esa ley constituye el drama en que vivieron sus primeros años las nuevas naciones, en Chile menos truculento el drama que en las demás.

Se había destruído un gobierno, y se habían extirpado, con la flamante filosofía racionalista, las viejas raíces místicas que sustentaban la monarquía: su origen divino y su poder absoluto. Se puso a otros hombres a gobernar; se predicó la democracia, como una nueva mística; se ponderaron las virtudes del derecho escrito, para estructurar la democracia. Y se echaron a andar.

No era fácil la empresa, ni servían para iniciar la marcha los bien copiados principios; se pudo andar porque había en Chile un hombre con prestigio militar suficiente y con un ejército detrás del hombre, para imponer el orden y para hacer respetar las decisiones del jefe y de sus consejeros civiles. La espada de O'Higgins había conquistado la independencia, había ayudado a extinguir más allá de las fronteras, en el Virreinato, el último foco probable de una futura amenaza; pero toda espada se mella, aún la de los grandes capitanes libertadores; la de O'Higgins también, al chocar con la mística naciente de la democracia soberana. Otra espada ciudadana, la de Freire, logró imponer un orden ya más inestable y más transitorio, y sirvió a lo menos para desalojar a los antiguos amos del territorio del último rincón que ocupaban, en Chiloé.

Pero, la hora de la fuerza había pasado; las empresas militares estaban terminadas, y surgían urgentes los complejos problemas administrativos de toda sociedad regida por sí misma; de ellos, era el problema financiero el más angustioso. Faltaban recursos; era forzoso mantener empleados y tropa, y ni para los sueldos se recaudaba dinero en la caja fiscal; al atraso, seguían los motines; a los motines, la paralización del comercio, y a ésta, la imposibilidad de arbitrar nuevas fuentes de ingresos.

De 1823 a 1830, sólo dos arbitrios financieros discurrieron los gobiernos: la confiscación de los bienes de las congregaciones, y el Estanco del tabaco, los naipes, los licores extranjeros y el té, y la más destacada lección que fluye del estudio de esos siete años de anarquía, llamados el período pipiolo, es que ambas únicas medidas, totalmente improductivas para el Erario en su aplicación; fueron las cuerdas que estrangularon en 1830 al gobierno liberal.

Porque la confiscación de los bienes religiosos tiñó de repulsivo sectarismo a hombres moderados que, apremiados por la bancarrota y responsables del orden público, financistas improvisados, no hallaron otra fuente de riqueza aparente que aquella de las manos muertas; si alguna pasión persecutoria se mezcló a su angustia de fallidos, no iba contra el carácter religioso de ministros de un orden sobrenatural, de los regulares, sino que fueron más bien resabios del resentimiento criollo contra la obstinación realista de la mayoría del clero.

Así y todo, torpe, arbitrario e injusto el procedimiento, corrió la suerte de todo lo que es injusto y arbitrario: las propiedades no hallaron compradores; las clases conservadoras, aún las más patriotas, olvidaron todo resentimiento contra el realismo del clero, ahora despojado; la oposición al gobierno liberal se unió y se vigorizó, y si el resultado financiero de la medida fué nulo, el resultado político fué fecundo en contra de los que la adoptaron, que pagaron con puestos, influencias y honores el pecado de su incapacidad.

*

La otra medida financiera del gobierno pipiolo fué la creación del Estanco.

Aquí sí que había una mayor concepción, y no se atentaba contra derechos regularmente adquiridos y permanentes, como es el de dominio de la propiedad raíz.

El régimen del Estanco de algunas mercaderías venía desde la colonia, y aunque odioso siempre y mirado como una de las más anacrónicas trabas que subsistían de la administración española, no fué tocado, respecto del tabaco que era lo estancado en Chile, por los gobiernos independientes.

Lo había ideado España so pretexto de reglamentar el uso de materias consideradas dañosas, y en la realidad como

una fuente cuantiosa de recursos fiscales. Aplicar en la península el estanco del tabaco, que allá no se cultivaba, no podía ser causa de resistencias fundamentales; pero aplicarlo en el Perú, en donde había población y cuantiosos intereses vinculados a su cultivo, su elaboración y su comercio, fué iniciativa que levantó clamores. No obstante, a mediados del siglo XVIII, el Virrey Manso lo estableció en el Perú, y simultáneamente lo hizo establecer en Chile, donde el tabaco aún no se cultivaba, pero en donde había ya fuertes comerciantes que operaban en su importación y su expendio.

Los cronistas de la época relatan curiosas incidencias del establecimiento del estanco en Chile, que se pregonó por bando en las ciudades principales en 1753: disponía la autoridad española que se rescatase por cuenta del Rey, en el momento inicial, todo el tabaco que los comerciantes tuviésemos almacenado; al efectuar la operación, sostuvieron los agentes reales del embargo que algunas grandes partidas halladas en manos de comerciantes eran de mala calidad, y que en ellas el producto embargado era un compuesto de más tierra que tabaco; la Junta suprema del ramo ordenó la destrucción de esas partidas y que fuesen quemadas y echadas al río; los dueños de la mercadería sostenían que el producto era de primera calidad, y mientras la corriente llevaba río abajo los bultos destruidos, seguían altercando los comerciantes con los ministros del Rey los méritos de la mercadería.

Los resultados financieros de la medida fueron muy lucrativos para el erario español: veinte años después de adoptada la renta del estanco constituía en Chile un 10% de las entradas totales de la colonia.

Sobrevino la revolución, y ya dijimos que los gobiernos independientes no se habían resuelto a modificar esa institución siempre resistida, aún cuando la percepción de la renta se había hecho difícil y costosa. Es que había incidido en este asunto el problema, cada vez más angustioso, de los gastos públicos, y en especial el servicio del primer empréstito, contratado por O'Higgins y gastado en fines improductivos.

Entonces discurrió el régimen pipiolo una nueva organización del Estanco: la entrega a una firma particular de la exclusividad en el comercio del tabaco, mediante el pago de una renta que equivalía a los dividendos anuales del empréstito y que iría directamente de manos de los estanqueros a las de los acreedores de Londres.

Pero, estaba de Dios que todo se volviera contra los liberales: financieramente, el Estanco fué una creación complicada y también estéril, como la confiscación de los bienes religiosos; el Estado hubo de adelantar dinero para establecerlo, ese dinero que era el factor escurridizo para cuya captura se había ideado precisamente el Estanco; la casa concesionaria, la de Portales, Cea y Cía., no realizó tampoco utilidades, ni pudo servir los dividendos del empréstito extranjero, único objeto de la medida.

Estado acreedor y concesionario deudor vivieron malhumorados; vivió malhumorado el pueblo sujeto a trabas en el cultivo que ahora se hacía, y en el comercio de mercaderías de diario y general consumo; el tráfico libre, para el cual se había cerrado con el Estanco uno de los pocos campos de actividades bien remuneradoras, ya que los gobiernos independientes, sin derogar el régimen colonial de estanco, no lo habían aplicado en su necesario rigor, preparó, con un calumnioso desprestigio del sistema ahora vigente, la vuelta al régimen de libertad; y Estado acreedor, y pueblo consumidor y comerciantes cercenados se unieron en fácil coro a comentar el escandaloso peculado.

*

Y aquí tenemos ya creado, como en el asunto de los bienes de las manos muertas, el aspecto político de la medida financiera, mucho más prolífico que el aspecto económico. Por primera vez se establecía en Chile un organismo semi-administrativo complicado, y se trataba de resolver con una medida aparentemente hábil el problema fiscal. Por primera vez era el gobierno atacado, no en nombre de principios federalistas, unitarios, religiosos o filosóficos, sino por una actuación controvertible en cifras, corolario del discutido empréstito. Por primera vez, un asunto netamente comercial fué agrupando, en su defensa o en su ataque, fuerzas políticas del congreso y del gobierno.

Más habría valido a las huestes liberales no encarnizarse en sus ataques injuriosos a los estanqueros; los estanqueros no eran unos anónimos cualesquiera: en la gerencia del Estanco intervenían hombres de realidades y de poca paciencia; estaban allí, con don Diego Portales, don Manuel José Gandarillas, don Diego José Benavente, don Manuel Rengifo; cerca

andaba don Victorino Garrido. Y una campaña de dos años a nada pacífico podía conducir. Benavente y Gandarillas tenían un pasado político; Portales tenía su carácter, ya no desconocido.

La administración del general Pinto, teñida también del creciente criterio práctico que flotaba en el ambiente, buscó discreta salida al largo y violento conflicto, y el arreglo arbitral equitativo se llevó a cabo a fines de 1826. Pero la pasión calumniosa no cejaba, ni los odios populares tampoco, y los estanqueros, en libertad de acción, sintieron ahora la comezón de romper el silencio que tanto tiempo supieron soportar.

Al ataque injusto contestó *El Hambriento*.

III

Ya estamos en la época de Portales y en la prensa de la época. Una primera constatación se impone: el año 1827, en cuyas postrimerías aparece *El Hambriento*, se cuentan en el país veinte publicaciones periódicas; no las enumeraremos (1); citaremos de ellas tan sólo *El Valdiviano Federal*, *La Clave de Chile*, *La Aurora* de Gandarillas, *El Verdadero Liberal* de Chapuis y *El Mercurio de Valparaíso*.

En 1828, este número se mantiene casi igual, y hallamos diecisiete periódicos de ese año (2); entre ellos está *El Canalla* y está *El Mercurio Chileno* de don José Joaquín de Mora.

La creciente agitación de 1829 aumenta a veinticinco el número de periódicos que ven la luz (3); entonces aparece *El Sufragante*.

(1) Periódicos que aparecieron en 1827: *La Aurora*; *El Boletín del Monitor*; *El Clamor del Pueblo Chileno*; *El Cometa*; *La Clave de Chile*; *El Descamisado*; *El Espectador*; *La Gaceta Mercantil*; *El Hambriento*; *El Independiente*; *El Indicador*; *El Insurgente Araucano*; *Miscelánea Política y Literaria*; *El Mercurio de Valparaíso*; *El Monitor Imparcial*; *El Observador de Valparaíso*; *El Pipiolo*; *Rol de Policía*; *El Valdiviano Federal* y *El Verdadero Liberal*.

(2) Periódicos de 1828: *El Antifén*; *El Azote de los Logi-Unitarios*; *El Almirante*; *Cartas Chilenas*; *El Censor del año 28*; *El Constituyente*; *El Centinela*; *El Canalla*; *La Gaceta de Chile*; *El Independiente*; *El Mercurio Chileno*; *El Minero de Coquimbo*; *El Parrarrayo*; *Registro Municipal*; *El Sepulturero*; *El Verdadero Republicano* y *El Vigía*.

(3) Periódicos de 1829: *El Avisador de Valparaíso*; *El Botiquín*; *El Correo del Pueblo* *El Crepúsculo*; *El Constitucional*; *El Céforo de Chile*; *El Crisol*; *El Cura Monardes*; *El Curioso a la Ventana*; *Documentos Oficiales*; *El Espectador Chileno*; *El Fanal*; *La Lechuza La Laucha*; *La Ley y la Justicia*; *El Observador Político de Aconcagua*; *El Penguislo*; *El Postillón del Correo del Pueblo*; *El Refutador*; *El Republicano*; *El Sufragante*; *El Tribuno del Pueblo Chileno*; *El Vengador*; *La Voz del Comercio* y *La Voz de la Justicia*.

La tormenta subsiste y se desenlaza en 1830; veintitrés periódicos se publican en ese año (4). Como un arco-iris anunciador de la larga calma, sale, entre esos veintitrés periódicos, *El Araucano* de sensata y duradera vida.

Se ha derrumbado el frágil castillo del régimen liberal y una mano férrea organiza la nueva y vasta construcción; no más ideologías; no más alboroto de discusiones: el año 1831 salen a luz sólo cuatro periódicos (5).

En 1832, no salen más que cuatro; son *El Hurón*, *La Lucerna*, *El Celador* y *El Correo Mercantil*.

En 1833, otros seis (6).

En 1834, encontramos tres publicaciones (7).

En 1835, hallamos siete; hay otra vez contienda, pero ahora dentro del propio gobierno; son esos periódicos *El Voto Público*, *El Cántaro contra la Piedra*, *El Chileno*, *El Philopolita*, *El Defensor del Philopolita*, *El Farol* y *El Día y el Golpe*.

En 1836, contamos ocho hojas (8), y en 1837, sólo tres (9).

*

Antes de entrar a ocuparnos separadamente de algunos de estos periódicos, veamos qué circunstancias generales nuevas se presentaban para la prensa en 1827.

Ya dijimos que el transcurso de diez años de vida independiente había enfrentado a los hombres de influencia con los problemas de orden práctico que constituyen la administración de un país, muy especialmente con los financieros y los económicos; su resolución, siempre urgente, iba formando capacidades entre esos grupos inexpertos; la Enciclopedia, la teología, la mitología, la antigüedad griega y la romana, se des-

(4) Periódicos de 1830: *El Avisador Imparcial*; *El Amigo de la Constitución*; *La Antorcha de los Pueblos*; *El Azote de la Mentira*; *El Araucano*; *El Boletín de Coquimbo*; *El Clamor de la Verdad*; *El Coquimbano*; *El Crítico Médico*; *Documentos Oficiales*; *El Defensor de los Militares*; *La Estafeta de Santiago*; *El Escrutador*; *El Imparcial*; *El Juicio*; *El Muchacho del Cura Monardes*; *El Observador Imparcial*; *La Opinión*; *El Periodiquito*; *El Popular*; *El Trompeta*; *El Verdadero Constitucional* y *El Vigía Político*.

(5) Periódicos de 1831: *El Avisador Imparcial*; *La Bandera Tricolor*; *El O'Higginiista* y *El Político Refutador de la Antorcha*.

(6) Periódicos de 1833: *Aduana de La Serena*; *El Cosmopolita*; *El Correo Nacional*; *El Constitucional*; *El Faro del Biobío* y *¿Quién Vive?*

(7) Periódicos de 1834: *Boletín de la Intendencia de Coquimbo*; *El Filántropo* y *El Mínero del año 34*.

(8) Periódicos de 1836: *La Aurora*; *El Barómetro de Chile*; *El Eventual*; *El Intérprete*; *El Nacional*; *Paz Perpetua a los Chilenos*; *El Republicano* y *Registro Municipal*.

(9) Periódicos de 1837: *Boletín Oficial*; *El Nuncio de la Guerra* y *El Perrero*.

plazaban del debate público, y primeramente del debate periódico.

La cultura literaria se había también enriquecido: el gobierno de Pinto, afanoso de luces, trajo a Chile a un escritor de auténtica ragambre española, don José Joaquín de Mora, a quien otro gobierno vecino, el de Rivadavia, también afanoso de luces y recién derribado, había hecho venir de Londres a la República Argentina. Mora puso su bien cortada forma literaria al servicio de los documentos oficiales, de las piezas escritas de circunstancias y de los periódicos que él fundó o en que colaboraba. Otro extranjero, el francés Chappuis, de reputación discutida por su versatilidad, pero con el talento flexible y la destreza intelectual de su raza, tenía puesta su pluma al servicio de alguno de los bandos en lucha, y también redactaba periódicos.

La situación económica de las empresas periodísticas se apoyaba ya más en el público, para el cual había llegado a ser una necesidad la lectura de los periódicos; en una época en que los avisos comerciales no existían, ni había otra fuente de ingresos para las empresas que el valor de los ejemplares que vendieran y en que era escaso el número de los lectores, el periodismo no pudo existir sin la ayuda de los gobiernos; un decreto supremo del Consejo Directorial que presidía Infante, en 1825, había obligado al gobierno a suscribir doscientos ejemplares de toda hoja que se publicase; naturalmente, esta liberalidad cambió el objetivo, antes de opinión de la prensa, por un objetivo comercial que aprovechó a todas las tendencias, incluso a las opositoras; ante el desborde, el gobierno de Freire se vió obligado a restringir la concesión y a dejar en manos de los gobiernos, por un decreto de 1827, la calificación de las empresas periodísticas dignas de ser subvencionadas, lo que equivalía prácticamente a suprimir toda prensa que no fuese gobiernista. Pero, el ardor de la lucha ya trabada creó al periódico de cada bando su clientela propia, y los periódicos de oposición, como *El Hambriento*, lograron, siempre que se gastase talento como en éste en su redacción, una difusión amplia. Y había sido Gandarillas el Ministro firmante de la derogación del decreto de Infante, por lo cual mereció la más enérgica censura de éste.

La prensa estaba convertida en 1827, con el sólo transcurso de diez años, en una institución orgánica, y se empezaba ya a debatir la necesidad de trazar para ella el marco legal

definitivo; un año más tarde, a fines de 1828, esa aspiración estaba vertida en realidad, en una bien meditada ley de imprenta, código en que Mora, su inspirador, introdujo la novedad del jurado para los juicios que en el futuro se suscitaren; esa ley demostró su eficacia sobreviviendo largos años al régimen pipiolo que la elaboró y sirviendo en manos de Portales para acallar a sus propios autores.

*

El 20 de Diciembre de 1827 vió la luz en Santiago una hoja impresa, en cuatro páginas a dos columnas, de agradable tipografía y con muy elementales y elegantes ornamentos; se titulaba *El Hambriento*, y escamoteaba su carácter llamándose, inmediatamente debajo del título, «papel público sin período, sin literatura, impolítico, pero provechoso y chusco» Efectivamente, no tuvo periodicidad regular, pero mantuvo una frecuencia, y en dos meses y medio que duró su vida, publicó los diez números de que consta su colección, lo que equivale a la publicidad habitual de la prensa de aquellos años. Se decía sin literatura, pero en su corte frondista y mordaz se derrochó el buen ingenio de las diestras plumas del Estanco, y aún hoy día encuentra el lector, en sus artículos y en sus letrillas, mucho del castizo giro que ha sobrevivido en Larra. Chusco lo fué hasta el final, y provechoso también, cuando menos—para no entrar ahora en el terreno político—por el fuego que encendió en la contienda periodística. Tal resonancia tuvo, que dieciséis años después, en 1844, cupieronle los honores, muy raros en la prensa periódica, de ser reeditado, cuando del ambiente en que vió la luz ya nada subsistía.

El Hambriento era el Estanco incorporado y armado de pies a cabeza para atacar a su turno, ahora que no tenía que defenderse o que callar. Colaboraban con Portales don Manuel José Gandarillas, don Diego José Benavente y don Manuel Rengifo, don Manuel de Salas, don Ramón Rengifo y don Victorino Garrido, a quien se atribuyeron muchos de los cáusticos versos del periódico. Gandarillas, Benavente y don Manuel Rengifo eran un aporte considerable al nuevo periódico; juntos habían redactado una de las mejores hojas de la prensa chilena, *La Aurora* de 1827, en que se debatieron con talento

inegable las más interesantes cuestiones económicas y financieras de la época. Gandarillas tenía ligada su vida a la historia del periodismo; sus dedos habían manejado los tipos de la primera *Aurora*, la de 1812, improvisándose él tipógrafo un día en que los operarios norteamericanos, traídos expresamente de su patria, junto con la primera imprenta, cayeron heridos en un desorden callejero; el mozo aristócrata, siempre inclinado a las artes manuales y a la industria, evitó con sus servicios la paralización de la imprenta. Era un original en la aristocracia de aquellos años, toda de formulismos y de senda trillada; tomó de las actividades habituales de su clase lo que valía, supo tomarlo a fondo, y fué un jurisconsulto competente; pero fué además uno de los primeros financistas y, sin ser aventurero, corrió como expatriado bajo el régimen militar, curiosas aventuras, y entre ellas, la del velero inglés que le traía a Chile después de caído aquel régimen y que, rechazado por las tempestades en el Cabo de Hornos, volvió a recalar en las Malvinas, para no continuar su viaje.

Era un equipo humano eficaz y hábil el de *El Hambriento*, y una amenaza para la «gavilla» pipiola; los blancos de los tiros fueron las mal prestigiadas figuras de ese bando que habían trepado al poder, y de quienes el propio Pinto no se desembarazó; de tarde en tarde, *El Hambriento* daba un golpe de soslayo a los ya mortecinos federalistas.

El instinto político de los conservadores que no disponían de una hoja periódica desde la cual atacar al régimen que había herido, con su despojo de las congregaciones, los sentimientos religiosos de sus adeptos, les hizo ver en *El Hambriento* un aliado y el mejor vengador de su propio resentimiento; era más eficaz auxiliar éste que *El Verdadero Liberal*, desde el cual Chapuis dirigía inventivas a la fracción demagógica del gobierno. La conjunción de los dos bandos opositores fué el Mane Thecel Phares en el no muy orgiástico festín pipiolo.

*

La lucha decisiva comenzaba al estrecharse las filas de la oposición. No tenía cumplido un mes de existencia *El Hambriento* cuando otra hoja, más pequeña pero más virulenta, respondió con adivinanzas, letrillas y mordaces artículos a aquél. Se titulaba *El Canalla*, y en su prospecto dió a conocer

su origen, en el subtítulo decía: «se da a luz por seis plebeyos de la marca nueva», y agregaba:

«Tres soldados, un frayle, un letradillo leguleyo, y un aprendiz de boticario, toda honrada jente, de humor y buen gusto, han arrojado las espadas, los breviaros, el Febrero y la Espátula para empuñar la pluma y daros buenos ratos, ilustrísima mosquetería».

Esa gente eran los de la «gavilla», Muñoz Bezanilla, Magallanes, Novoa, Fernández, Orjera, Padilla y Fariña, el grupo más atacado y el más combativo del régimen gobernante; se atribuyó también participación a don Melchor José Ramos, el antiguo redactor de *La Clave de Chile* a quien respetaba más la oposición. Sólo cuatro números dió a luz *El Canalla*, y ellos le bastaron para ir contestando, con procaacidad no falta de ingenio también, los fuegos de *El Hambriento*. Ambas hojas murieron casi juntas, con cuatro días de diferencia.

Al duelo de *El Hambriento* y de *El Canalla*, localizado en las personas ya nombradas en una y otra hoja, había de seguirse el fuego en toda la línea y la contienda política.

*

El año 1829, en el cual entramos ahora, sumaba a la violencia reinante el nuevo y amenazante factor de las elecciones presidenciales que iniciarían la aplicación de la Constitución pipiola, código en que Mora pretendió conciliar las tendencias que anarquizaban al bando gobiernista, la de los federales aún no desengañados con sus aventuradas experiencias, y la de los simplemente moderados en su afán de innovaciones democráticas.

La inminencia de sucesos trascendentales pone otra vez la pluma en las manos de Gandarillas, y el 31 de Mayo de ese año 29 lanza la público una nueva hoja, *El Sufragante*. No era ya el Gandarillas de *El Hambriento*; los sucesos habían caminado, y algo más que la consideración de determinados individuos se imponía; era el orden público lo que estaba ahora en discusión, era la necesidad de una autoridad definida y respetada, era la estructuración de la nación chilena en un gobierno eficaz y en una opinión que se resignara a acatar; era la urgen-

cia de organizar las finanzas y de extirpar los pronunciamientos de la oficialidad.

Gandarillas, el Gandarillas de *La Aurora* de 1827, no ya el frondista de *El Hambriento*, inició en *El Sufragante*, como dice el más liberal y a la vez el más justiciero de nuestros historiadores, Barros Arana, «el proceso formal y tremendo del gobierno que regía a Chile». Reconoce Barros Arana que *El Sufragante* procedía

«con una elevación de tono desconocida en la prensa periódica de esos días, huyendo de las provocaciones innecesarias de carácter personal, o absteniéndose en lo posible de bajar a ese terreno, discutiendo con ardor y con talento los actos administrativos, y defendiendo con claridad de miras y de propósitos los principios políticos que creía más adaptables a nuestro país».

No se trataba de la persona misma del Presidente; entrando a discutir, después de los principios mismos, a los hombres, decía *El Sufragante*:

«A la verdad, el general Pinto reúne cualidades muy apreciadas para el destino, tiene conocimientos para expedirse con dignidad en cualquier circunstancia difícil que pueda ocurrir en materias de gobierno; honradez en el manejo de la hacienda pública; decencia en sus costumbres, y profesa principios los más liberales; pero al lado de estas bellas prendas se le encuentra un defecto que las oscurece y que ha sido la causa de su descrédito».

El defecto era su condescendencia con ciertos hombres que Gandarillas y *El Sufragante* repudiaban.

Las elecciones presidenciales se verificaron; algunos de sus procedimientos irritaron a la oposición, y *El Sufragante* condensó el clamor público proclamando que era llegado el momento de levantarse en armas contra un gobierno y un congreso que no se detenían ante ninguna ilegalidad.

El frágil castillo del régimen pipiolo empezaba a oscilar.

Tan grande influencia tuvo *El Sufragante*, que algunos de sus números alcanzaron a una tirada de mil quinientos ejemplares.

*

El año 1830, en la crisis final del conflicto, ventitrés periódicos circulan; todas las tendencias de la opinión vocean sus

estertores; es el ocaso de la anarquía. Como en todo país y en cualquiera época pasada o presente, y lo mismo será en las futuras, al desmoronarse un régimen, la opinión se pluraliza; la prensa sigue en esto una ley biológica de las sociedades. ¿Quién recuerda ya los nombres siquiera de esos veintitrés periódicos, cuyo sólo número, desproporcionado a la escasa población lectora, revela la anarquía del ambiente?

Desde 1829, venía avanzando sobre Santiago la fuerza ordenadora que requería la oposición para triunfar. Concepción, la siempre vigilante ciudad de la Frontera, formada en la escuela del sacrificio para resguardar durante siglos la zona vital de la República, había dicho ¡basta! al largo escándalo político; el ejército del sur veía vinculada la suerte de la República a una mano de hierro, como la de O'Higgins, cuyo prestigio recordaban con nostalgia los hombres de las filas. De Concepción había partido, antes de 1810, por la hábil visión de Martínez de Rozas, el movimiento libertador de Chile de sus amos españoles, y ahora, veinte años después, veía Concepción malograda la obra de Martínez de Rozas por el largo bizantinismo. El ejército del sur, el núcleo militar más disciplinado de entonces, vió en los hombres de la oposición santiaguina, en Portales y sus compañeros, gente dispuesta a demostrar que Chile podía ser gobernado por sí mismo, como lo había demostrado O'Higgins, y secundó a ese grupo; sin Portales, el movimiento militar quizás habría degenerado en un nuevo o'higginismo o en nuevo pronunciamiento; sin el ejército de Concepción, la oposición estanquera y pelucona no habría podido imponerse.

El movimiento triunfó en 1830; el personal directivo de la nación cambió de raíz; las efímeras hojas periódicas desaparecieron, y una voz grave, la misma y conocida voz de Gandarillas, resonó en un nuevo periódico, hoja oficial pero honrada y de amplio criterio, que por su formato, su más regular periodicidad y por el tono moderado e impersonal de sus escritos, y por haber atravesado sin interrupción decenios de nuestra historia, abre la serie de nuestros grandes diarios. Junto a la de Gandarillas, corría en *El Araucano* la pluma magistral de don Andrés Bello. Quiso Portales, al fundarlo, tener un órgano de explícita publicidad para todos los actos del gobierno, y facilitar así su discusión; *El Araucano* correspondió a la sinceridad del propósito.

Ya lo dijimos anteriormente: al formarse un gobierno

capacitado para encarar todos los problemas administrativos, la discusión callejera de los problemas, como siempre, cesó, y así el año 1831 lo veremos en esta exposición reducido a cuatro periódicos.

*

Pero, antes de doblar la hoja sobre el año 1830, recordemos que en ese año tuvo lugar el choque final también de los dos bandos ideológicos del periodismo. La figura dominante de la prensa liberal había sido, sin duda, don José Joaquín de Mora; bajo el gobierno de Pinto, Mora ejerció una verdadera dictadura literaria, que el Presidente sostenía, y una influencia ideológica en la política y en la educación pública, casi dictatorial también. Naturalmente, triunfante ahora el bando pelucón, Mora quedaría relegado a la sombra.

Siempre que Mora fuese hombre de los que se dejan relegar; por algo había corrido dos continentes, en vez de resignarse a quedar en España bajo un régimen que contrariaba sus tendencias o su temperamento. Mora, el periodista que el año 28 elucubraba en su *El Mercurio Chileno* altas cuestiones científicas y literarias, se convirtió en 1830 en un polemista de oposición, y desde el periódico *El Defensor de los Militares*, tomó a su cargo la causa de los jefes liberales dados de baja por el nuevo gobierno, y en unión con el doctor Passaman, su compañero de inmigración cultural a Chile, trató de convencer al público de que el bando triunfante en Lircay no era otro que el de los antiguos monarquistas. No tardaron los redactores de *El Defensor de los Militares* en atacar otros actos del nuevo y omnipotente Ministro Portales, y no tardó tampoco en caer sobre ellos la ley de imprenta del propio Mora, con jurados que ahora eran adictos al nuevo gobierno. Usando de otras facultades legales, el gobierno hizo prender a varios de los agitadores; entre ellos cayó don Melchor José Ramos, el antiguo redactor de *La Clave de Chile* y una de las más sólidas mentalidades del periodismo pipiolo; confinado al Huasco, Ramos obtuvo después licencia para trasladarse al Perú. También fué apresado Muñoz Bezanilla, y acerca de él se cuenta que, como Portales supo que carecía de recursos para subsistir, de su propio bolsillo le hizo llegar por mano ajena doce onzas de oro, que le aseguraban algunos meses de tranquilidad. Sobre Mora no había pesado todavía ninguna condena,

no obstante que su intervención en *El Defensor de los Militares* era reconocida. Ya a Mora no le quedaba más en Chile que el periodismo; todas las restantes actividades políticas y educacionales le habían sido cercenadas. Suspendida la publicación de *El Defensor de los Militares* por considerar inútil su obstinación los editores, enfrente del Ministro, Mora y otros de ellos lanzaron una nueva hoja, *El Trompeta*; en uno de sus números, encubierta bajo el ardid de traducción literaria, Mora hizo aparecer una apología del tiranicidio. Muy poco después, era Mora reducido a prisión y obligado a salir del país. En el último número de *El Trompeta*, se comentaba esta medida en forma violenta y se insertaba la famosa letrilla que, desde la nave que le llevaba al Perú, lanzaba de despedida el terrible escritor; *El uno y el otro* se titulaba la letrilla, caricatura imprecadera del Vice-Presidente Ovalle junto a su omniponente Ministro.

Así salió de Chile, arrastrado por la tormenta política, uno de los más brillantes talentos literarios que iluminaron los orígenes de nuestra cultura. Era ese su destino: expatriado de España a Londres, emigrado de Londres a Buenos Aires y de Buenos Aires a Chile, seguiría todavía su jornada de trotamundos.

*

El año 1832 la fisonomía del gobierno había cambiado un tanto: el Vice-Presidente Portales residía en Valparaíso, desasido de los negocios políticos en uno de los momentos habituales en él de desapego violento de lo que había cogido en sus manos; le había reemplazado en el Ministerio del Interior un hombre de conciliador temperamento, don Ramón Errázuriz, con cuya designación no había estado Portales de acuerdo. En su alejamiento, decía ignorar los sucesos de la administración, que por menudo le daban a conocer las cartas de sus corresponsales santiaguinos. Sus fieles amigos de Santiago, Gandarillas entre ellos; estaban también divorciados de los rumbos políticos del gobierno de Prieto, y aquí en la capital, vueltos a sus antiguas aficiones de periodistas opositores, dieron a la publicidad una nueva hoja; se titulaba *El Hurón*, en recuerdo creen los historiadores de un periódico de igual nombre que Carrera dió a luz en Montevideo, en donde

Gandarillas estuvo expatriado y en el cual había colaborado también.

El Hurón era, pues la oposición dentro del gobierno, y Portales desde Valparaíso celebró su fundación y estimuló a los amigos redactores; dos meses y medio, lo mismo que *El Hambriento*, vivió *El Hurón*: pero mucho antes de extinguirse había dado ya en tierra con el Ministro Errázuriz, contra el cual, por su escasa energía, se había fundado principalmente el periódico. La eliminación de Errázuriz no podía sino cambiar de sitio la grieta que se había producido en los elementos de gobierno: ahora el influyente grupo de la familia Errázuriz resentido con Portales, formó una entidad política independiente, que la opinión bautizó con el mote de «los Litres». Pero Portales demostró una vez más su influencia decisiva, aún desde el alejamiento, haciendo llevar al Ministerio del Interior a un hombre de su estima, don Joaquín Tocornal.

*

Y llegamos, después de tres años en que el rol de la prensa disminuye, al año 1835, y en él a los dos últimos periódicos de renombre de la época que hemos venido estudiando. Fueron ellos *El Philopolita* y *El Farol*.

La historia del grupo philopolita y del periódico que llevó su nombre ha sido relatada muchas veces, y recientemente con gran claridad por el señor Encina; sólo haremos aquí un resumen. Portales, ahora en su propiedad de *El Rayado*, seguía desligado de los negocios públicos y haciendo oír a sus corresponsales las tremendas censuras que le merecían algunos actos y algunos hombres del gobierno; en él estaba firmemente respaldado por el Ministro Tocornal, pero su unión con los estanqueros se había debilitado; una incidencia con Benavente, que ha quedado un tanto turbia en la historia, había alejado de Portales a este hombre sagaz con quien tantas jornadas comunes contaba desde la creación del Estanco que Benavente firmó como Ministro de Hacienda. Una divergencia constante con Gandarillas en cuanto a la represión de sediciones, en que a Gandarillas le cabía actuación judicial, le hizo ver en él un temperamento tibio y reprochárselo. Rengifo, firmemente apoyado en su Ministerio de Hacienda al Presidente Prieto, se había alejado también de Portales, y los

amigos de Rengifo, cansados de la omnipotencia de Portales, levantaban la candidatura de Rengifo a la Presidencia al vencerse el primer período de Prieto. Los Errázuriz habían quedado distanciados desde los días de *El Hurón*. Los confabulados quisieron preparar la opinión pública en favor de la candidatura de Rengifo, y lanzaron un periódico que disimuladamente y con maña la propiciaba; era *El Philopolita*, en el cual, faltando sólo Portales, se reunieron los antiguos inseparables compañeros de periodismo. Y el grupo político se dió a buscar los medios de alejar sin ruptura a Portales.

La ausencia de Santiago no era obstáculo que impidiese a Portales la visión de lo que pasaba en las tiendas de gobierno. Algo muy peligroso ocurría en ellas: los philopolitas habían inclinado la clemencia del Presidente hacia los militares dados de baja después del triunfo de la revolución; se atraían con ello un gran sector de opinión resentida y violenta; pero hacían peligrar hasta la suerte del propio mandatario.

Portales desenmascaró el plan, abriendo fuegos contra *El Philopolita* en un nuevo periódico de sus amigos, *El Farol*.

El Presidente reconsideró el proyecto; los ministros disidentes, al ver destruído su plan, declararon la derrota, y se abrió para Portales, devuelto a las funciones activas de gobierno, el segundo y definitivo período de omnipotencia, interrumpido bruscamente y en lo más alto de la jornada por la traición de la soldadesca de Quillota.

*

Si abrimos, señores, las páginas de los periódicos de 1837, no han de llamar, seguramente, nuestra atención letrillas, adivinanzas, escritos de fronda ni publicaciones de combate ideológico o político; ha de ser otro el aspecto que nos retendrá: será la orla enlutada que esos periódicos pusieron de marco al alevoso crimen de las alturas del Barón.

¡Singular destino, señores, el del hombre que agrupó e hizo girar en torno de sí los hechos todos de su época! ¿De dónde arrancó sus fuerzas de ordenación? Era un activo, y no le vemos una dirección preestablecida de su actividad; la dirección preestablecida la da una ambición cualquiera, la del dinero, la de los honores, la del dominio sobre los hombres, de las cuales carecía. Su actividad nacía de la visión implacable

y honda del problema de cada momento; sabía, en percepción instantánea, el modo escueto cómo cada cosa debía resolverse según la lógica de las cosas mismas, y era un impaciente enfrente de ajenas soluciones descaminadas. Reaccionaba, sobre todo, ante la mediocridad humana y ante el idealismo, mediocre al fin también, que complica los problemas al elevarlos a falsos niveles superiores. Era un escéptico del sentido abstracto de la vida y de todas las interpretaciones que los hombres le dan, y no obstante, resolviendo despiadadamente nada más que casos concretos, trazó a su pueblo una larga directiva. Al resolver un momento político, la fuerza gastada en la ordenación de los elementos le dejaba a él la dirección en la mano, dirección que a su escepticismo y a su percepción cruel de la mediocridad ambiente repugnaba; tan pronto tenía en sus manos la dirección, la arrojaba o se evadía. Padeció, sin duda, en medio del tumulto, el drama de la soledad; lo que había en él de sensualismo y de crudeza intelectual ponía un manto de ceniza entre su persona y las personas, hombres o mujeres, que hubieran podido despertarle un afecto. Y esa incompatibilidad con los lazos afectivos, que fué su drama, fué también el más eficaz agente de su acción que aprovecharían los demás.

En frente de los cerros de la bahía, en uno de cuyos repliegues interiores cayó el Ministro para no levantarse más, solo como siempre, sin otra compañía esta vez que la de sus asesinos, se tendía el Océano; allí estaban las naves aguardando el momento de zarpar con las fuerzas de Chile a aplastar un peligroso asomo de imperialismo vecino; era también la obra de Portales, su implacable visión de los hechos, ahora en el terreno internacional, la que buscaba la eliminación de rivales y afirmaba, con un nuevo hecho práctico, la gran ideología exterior de nuestra nación, el predominio en el Pacífico sudamericano.